

Toda la correspondencia al Director.
Precios de anuncios, según tarifa.
Prohibida la reproducción de originales excepto consignándose su procedencia. No se devuelven éstos, ni se mantiene correspondencia acerca de los mismos.
Redacción y Administración: San Agustín, 1.—Teléfono, 3
APARECE LOS SÁBADOS
Administrador: Mariano J. Hernández.
Suscripciones: Un mes, 0'50 ptas.—Un año, 5 pesetas

La Tierra Hidalga

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

Literatura, Ciencias, Arte, Crítica, Informaciones

AÑO I-NUM. 9

NUMERO SUELTO: DIEZ CENTIMOS

Director: MANUEL CAMACHO BENEYTEZ

ALMAGRO 19 MAYO DE 1923

Redactor Jefe: DAVID RAYO

ORGANISMOS CADUCOS

LA PATOCHADA DEL SENADO

El Senado, la llamada Cámara Alta, el más desacreditado y absurdo de nuestros órganos legislativos, ha sido en estos últimos días la nota de palpitante actualidad. Dediquemos hoy al Senado unas palabras. No queremos flechar nuestros conceptos desde un punto de mira puramente abstracto y doctrinario, que empacharía, con sobrada razón, el pensamiento del lector más indulgente. Procuremos, pues, «literarizar» un poco el tema, adaptándonos a la versión general que de ese «histórico» tinglado ha de tener todo español discreto ante la rueda desgastada de su pueril e inútil mecanismo.

Es el palacio del Senado la odiosa y triste rómora de todas las idealidades nuevas, de todas las gentiles audacias, de todas las innovaciones atrevidas; el que no lleve metido en el alma un Tartufo taimado y vergonzante, no podrá rendir su fervor ciudadano a este símbolo patrio de tradiciones apagadas. La luz, tamizándose discretamente a través de los austeros ventanales, cae sobre el hemicycle silencioso como una lánguida caricia de blanduras sedentarias. Los maderos, petrificados en una actitud dolorosa de estatua, ofrecen la sensación desconcertante de figuras rígidas e inertes. Resaca en todo una plasticidad de impulsos negativos. Sobre las brillantes óseas de las talvas senatoriales, espejea la luz como en la superficie de un lago. Repercute en los ámbitos un discurso gongoloso. Es la senilidad, la decrepitud, la cordura opaca... Es la voz del pasado que vibra, como un eco de ultratumba, por boca de esos senadores «por derecho propio» y «vitalicios», que se resisten a enterrar la leyenda de una vieja grandeza española que alumbró un Sol que ya no luce.

Los linajudos restos de la nobleza aristocrática, han encontrado un refugio confortable en la Cámara del Senado. Cada senador no será un Magnau precisamente, pero será siempre una voluntad sometida al pretérito... ¡Y es preciso vivir en el presente...! Como los cuadros viejos, como las panoplias centenarias, como los castillos derruidos, como las espadas mohosas, estos egregios títulos conservan tan solo un color de perdido episodio... Imagen inútil y vacía en cualquier hecho alado, pero las redes de su imperio han sido rotas para siempre... Expone Proudhon, con su peculiar clarividencia, una observación dura e implacable, que ahora acude a nuestra memoria: «Que lo aristocrático—dice—manifestada en su crasa y obscena desnudez, reciba en cada uno de sus músculos la flagelación a que se ha hecho acreedora por su parasitismo y su insolencia».

La estirpe nobiliaria de nuestras edades de hierro muere por inercia; se agota desfallecida en la vorágine de los nuevos siglos, sucumbe, como el formidable Nerón de la retórica castellana, «sobre un colchón de esclavos» sometido a un influjo invenible. Hoy los legisladores han de ser elegidos por la libérrima determinación del pueblo; del pueblo resignado y sufrido, sí, pero que

muchas veces impone sanciones ejemplares cuando su paciencia se colma, como la impusieron aquellos colosos castellanos, héroes de las Comunidades, al malaventurado Tordesillas por desertar de sus deberes como procurador de las Cortes, y como la impusieron también los explotados de Rusia al despotismo ciego de los Zares sanguinarios.

Hay que dar al Senado, indudablemente, una batalla decisiva. Hay que reformarlo o suprimirlo. Somos en esto, como en todo, una excepción en Europa. Las fuerzas obreras no tienen representación en el Senado. La tradición, los usos, los «intereses creados» lo impiden. Se alza un veto infranqueable a todo lo que lleva el aire de la calle, la fuerza impetuosa del alma del arroyo... Los senadores de privilegio y el sistema de delegación del voto, en cuanto a los senadores electivos, constituye el misterio de la clave... ¿Cómo, de otro modo, un médico de la Beneficencia Municipal, hubiera derrotado en las últimas elecciones, por la Universidad de Madrid, al eminente catedrático D. José Ortega y Gasset cuya candidatura la presentaron más de ochenta firmas prestigiosas encabezadas con la de D. Santiago Ramón y Cajal... ¿Cómo en la Universidad de Salamanca—bien la Universidad de Salamanca...—hubiese salido triunfante el conde de Romanones...?

El sufragio universal concebido por Juan Jacobo Rousseau, con arreglo a la ideología, ya un poco anticuada de la Revolución francesa, y por todos los precursores de ésta, tiene su fuente en principios más puros. El derecho público de hoy, no puede tolerar la existencia de una arcaica Cámara como la del Senado español. Es un freno obstinado a toda labor del Parlamento encaminada por los cauces de las orientaciones modernas... No son nuestras impugnaciones caprichosas; nacen de la realidad viva y sangrante. La ortodoxia política al uso parece una dedita intangible.

En la rebeldía de los espíritus inquietos, toda renovación es un mito. Quisiéramos nosotros ennoblecir todas las ideas, sublimar todos los sentimientos, y fundir en un haz de grandezas todas las ansiedades nacionales. Quisiéramos nosotros sacudir el tedio del pueblo, eterno Prometeo encadenado, para depositar en su mente un puñado de ideas viriles y en su corazón una ola de arreos desenfrenados y pujantes. Quisiéramos nosotros... Pero los obstáculos, a semejanza del que hemos glosado en este artículo, de ese cuerpo legislativo antipopular y aristocrático se alzan como fantasmas pavoscos. ¿Qué es, en suma, nuestra Cámara Alta; qué es, en resumen el Senado, con todas sus teatrales bambalinas de ampulosidad aparatosa...? Un empolvado tenderete de ideales y tópicos medrosos... Un vivero fosilizado e infecundo... Un estéril nidal de rancias timideces...
¡Una gran patochada...!

Manuel CAMACHO BENEYTEZ.

CONSUMIENDO UN TURNO

EL SEÑOR SOLANO TIENE LA PALABRA...

A nuestros amigos y correligionarios.

De todas partes nos escriben pidiéndonos detalles de la lucha electoral sostenida por nosotros en este Distrito. Vamos a contestar de una vez a cuantos se han interesado, y se interesan, por nuestras andanzas electorales en el Distrito de Almadén.

La concentración de izquierdas gubernamentales me designó como candidato del Gobierno. Melquiades Alvarez, escribió, recientemente constituido el Gobierno, una carta que recordamos todos. Yo visité al Sr. Gasset, cacique máximo de la provincia de Ciudad Real, y más después de su reciente unión política con su enemigo de muchos años el General Aguilera, para indicarle que no teniendo en el acta de Almadén ningún interés personal, y sólo el interés de obedecer un mandato recibido, deseaba saber su criterio en el asunto, y si tenía candidato para el Distrito; bien entendido de que si lo tenía, yo por mi parte, previa consulta con Don Melquiades Alvarez, no tendría inconveniente en retirarme y apoyar al candidato de la concentración, aunque fuera el Sr. Inza, convencidísimo de que si podía luchar con las fuerzas políticas de ese señor y de González Liana, unidas, no podría hacerlo sino con un apoyo moral decidido por parte del Gobernador de la Provincia, gassetista hasta la médula, ya que apoyo «material» en el sentido en que se usa y aplica en la jerga electoral, «ni lo necesitaba ni lo quería».

El señor Gasset me contestó que yo era el candidato de la concentración, estaba presente el Sr. Arderius, y que no había hablado siquiera con el señor Inza, y que si éste se presentaba le desautorizaría.

No puso otra condición, ya se la había indicado a D. Melquiades Alvarez, sino la de que yo no prestara mi cooperación y ayuda, en actos de propaganda, a mi excelente y querido amigo el Marqués de la Viesca de la Sierra, D. Arsenio Martínez Campos, contra quien luchaba en el Distrito de Daimiel el Ministro de Fomento.

Siempre creí que la actitud del señor Gasset, no era clara. Se dirá, esto no es político, pero es cierto. En efecto, el Sr. Gasset, faltando a su compromiso con la concentración liberal, y a cuanto expresó ante el Sr. Arderius, favoreció, cuanto pudo la candidatura del señor Inza, se alió con el cervista señor González Liana, puso en este Distrito, como en los de Daimiel, Arzúa, Don Benito, Ordenes, Noya y cuantos han tenido un candidato gassetista, todos los recursos del Ministerio de Fomento, y ya sabéis en que forma se prometió un camino vecinal al pueblo de Aldea del Rey, como se depositaron «veinte mil pesetas» para garantizar su construcción, seguros, los que hacían el depósito, de que esas pesetillas volverían a sus bolsillos, porque el Ministerio de Fomento, protector de los candidatos agrarios, se encargaría de hacer política electoral derramando sus dones sobre los Distritos elegidos por ellos. A su debido tiempo se tratará este tema

en las Cortes. Y vino la actuación del Gobernador dirigido por el expertísimo electorero Sr. González Liana—que ha cobrado espléndido jornal, obteniendo en premio a sus servicios una Senaduría por la Provincia de Ciudad Real—la captación de voluntades, los pucherazos de Brazatortas, Fuencaliente, Cabezarubias, Cabezarados y Villamayor, que movieron cerca de dos mil quinientos votos a favor del candidato gassetista.

El Ministro de la Gobernación nos ayudó con una copiosa literatura telegráfica y epistolar, con toda su buena voluntad, hay que reconocerlo; pero algunos pueblos de esta tierra, no miran más que al Gobierno Civil y, como mansos borregos, se dejaron llevar por la cayada del pastor... Hemos sacado cinco mil ciento sesenta y cinco votos, por siete mil cuatrocientos y pico, luchando contra los dos políticos del Distrito que tenían fuerzas organizadas, contra el Ministerio de Fomento, contra el Gobernador Civil y contra el dinero que abundantemente ha corrido...

A todos mis amigos, les debo una gratitud impercedera, y especialmente a los nobles obreros de Puertollano, que personalmente hicieron la propaganda electoral conquistada en un solo mitin, buscando votos con extraordinario entusiasmo, poniendo en la lucha la chispa del ideal que es la que ennoblece estas, por desgracia, tan miserables luchas políticas en las que nadie cree. Estoy satisfecho del resultado. Yo nada buscaba ni nada quería. No perseguí el logro de una carrera política ni la satisfacción de una vanidad que no son jamás. Debo de haber estado con la tranquilidad de conciencia de haber cumplido con mi deber, y con la satisfacción de que para derrotarme en el Distrito, hubo necesidad de que se unieran los dos enemigos políticos que llevaron a sus amigos hasta la lucha personal, avivando toda clase de odios y rencores, y tuvo que faltar a su palabra, a la lealtad que debe usarse entre caballeros, un Ministro de la Corona, que si en la vida política esos actos se llaman *habilidades*, en el lenguaje corriente y usual, tienen un calificativo más duro y adecuado. *Charradas y bellaquerías* las dirían con castiza expresión los que llaman las cosas por su nombre, y al pan pan y al vino vino.

Es esta la hora de las responsabilidades, según se dice. Cuando la política prodiga tales ejemplos, y cuando a hombres como Martínez de Campos se les persigue con tanta furia,—recordad quienes abrieron el camino de las responsabilidades después del desastre!—se siente el desaliento, el desánimo, la desesperanza, si no se creyera que en la fecunda cantera de la raza española quedan aún energías bastante para saber pedir y obtener cumplida justicia «para todos»...

Con todo cariño os envía el testimonio de su agradecimiento vuestro lealísimo amigo:

Ramón Solano

PAJARITAS DE PAPEL

LOS GRILLOS

Siempre ha sido el encanto de los chiquillos, el ameno «deporte» de cazar grillos; y para capturarlos, usan mil mañas, a cuál más ingeniosas, raras y extrañas... Los hay que, para hacerles salir «de naja», «allanan» sus «moradas» con una paja, y otros que optan, sin duda ni discusión, por el procedimiento del «femoción» ¡qué hasta para este nimio «cinemetismo», es útil el programa del «gassetismo»...! Una vez en sus jaulas, se les coloca una hoja de lechuga

para «hacer boca», pues no obstante su porte negro y severo, lo verde, les produce placer sincero, lo que prueba, que tienen para el color, las mismas aficiones que un senador, que su apostura prócer y altiva pierde, con cualquier espectáculo «que tire a «verde»... No es el canto del grillo muy armonioso; es discordante, monótono y empalagoso; sin embargo, a mi juicio, son más artistas que muchas renombradas «canzonetistas», de esas que, alucinadas por su belleza,

tienen la «mar» de «grillos» en la cabeza, y por «enjaretarnos» cuatro canciones, cobran a «peso de oro» sus audiciones, y el grillo, sin que hagamos ningún derroche, ¡está canta que canta toda la noche! Yes que el grillo, es un *bicho* tan singular, que no le ha dado nunca por «postinear», cosa que, francamente, yo no concibo, ¡que otros habrá que tengan menos motivos!, puesto que muchas veces se les compara con personas de estirpe noble y preclara; porque ¿qué es el Congreso cuando hay sesión, sino una «olla de grillos» a gran presión?

TOMÁS ALMODOVAR

CRÓNICA

Los Siervos del Trabajo

Nosotros cruzamos todos los días la Plaza de la Constitución a la hora en que el sol, con apagados y lánguidos desmayos, acaba de poner su último beso sobre las gallardas copas de los esbeltos árboles, sobre las cúpulas altivas de las viejas y venerables iglesias y allá, lejos, sobre la ondulosa superficie de las prometedoras espigas, sobre las rojas amapolas y sobre los zarzales floridos.

Esta amplísima vía, que juntamente con la Glorieta, constituye el centro de la ciudad, la vemos obstruida a dicha hora por numerosos grupos de bracecos del campo que, quietos, impasibles, pacíficos, con gesto de abandono y resignación, asisten al desfile monótono de las horas, contemplan el silencioso desfallecimiento de la tarde, y con mansedumbre cordial, glosan acaso la labor negativa de los que, empuñando las riendas del Poder, no sienten más preocupación que la de abrumar a los pueblos con agobiadoras exacciones, satisfacer sus apetitos concupiscentes y retrasar así indefinidamente el anhelado día de una triunfal y esplendorosa renovación hispana.

Esos hombres, ahí y allá estacionados después de las faenas cotidianas, son los que prestan pacientemente su servicio a los «amos»—¡ja los «amos»!—para que éstos engrosen sus rendimientos económicos, y disfruten en la vida «la gracia» de las holguras placidas... Eso; hombres, son los que emplean sus energías íntegras, los que se consagran constantemente a la directa intensificación de las rudas labores agrícolas; los que practican a diario el culto augusto del *Esfuerzo ante el ara* grandiosa de la madre tierra; los que añoran, en fin, tal vez sin darse de ello una cabal idea, el instante glorioso de rehabilitación suprema en que se disipe para siempre la modorra espiritual que les deprime, les aniquila y les enerva.

A estos resignados y sometidos jornaleros, que formando apiñados racimos, contemplamos todos los días en la plaza, a la caída de la tarde y en actitud pética que nos desconcierta y obsesiona, son los que labran con el torrente de sus energías poderosas el bienestar y la riqueza de la patria; los que se entregan de por vida al culto del trabajo más duro y más cruento, del trabajo que es manantial de recios vigos, fuente de inagotables pujanzas, plétórica salud de los músculos, antítesis del sedentarismo estéril y cobarde, estímulo creciente de magnas arrogancias, y base indispensable para la felicidad de los hombres y el desarrollo próspero de las naciones.

¡Abnegados obreros del terruño...! ¡Héroes de las inmensas llanuras...! ¡Humildes parias de la emoción campesina...! ¡Anónimos colosos del trabajo que pone fuego en la sangre y durezas de bronce en las manos del trabajo que condena ese parasitismo nocivo de la sociedad que engendra, por abandono perezoso o por incuria calculada, un irreparable cúmulo de males y de adversidades, como acontece con la acción desoladora de la terrible y voracina invasión de langosta, que diezma las mieses y lleva a los hogares el llanto, la desdicha y la ruina.

Esta calamidad desventurada, como todas las grandes empresas, se lograría dominar con un impulso unánime y gigantesco; se lograría dominar con el trabajo, extensivo a todo y a todos... La pereza enervante, la abulia relajadora, el abandono delictivo, la negligencia deprimente, la dejación tímida del ánimo, ¡cuántos sinsabores proporcional! ¡cuántas lágrimas de amargura hace brotar! ¡cuántos ayes de dolor y de ciega desesperación arranca...! En cambio el trabajo, el trabajo honrado y fecundo, ¡qué gran influjo ejerce sobre el hombre y sobre toda la Humanidad...!

«El pan que da el trabajo, es más sano» que la escondida miel que con empeño liba la abeja en el rosal fundoso.
Si comes ese pan serás tu dueño; mas si del ocio ruedas al abismo, ¡todos serlo podrán menos tú mismo...!

RUFO FERNANDEZ.